



Mezquita de Korosko.

VIAJE AL SUDAN ORIENTAL.

POR M. TREMAUX.

1848-1850.

El Egipto.—El Nilo.—Karnak.—Desfiladeros inextricables.—Encuentros funestos.—Contrastes de la naturaleza.—Instalación en el desierto.—Esqueletos solidificados de animales.—Caravana de esclavos.

Bien dice el refrán: «El hombre propone, y Dios dispone.» Por la varia suerte de los viajes, mas bien que por efecto de la deliberación, hallábame en el Cairo en 1848. El Africa septentrional acababa de hacerme entrever un mundo nuevo, por sus pueblos abigarrados, y un pueblo estinguído por sus restos arqueológicos. Así es que poco despues de mi llegada á esta ciudad reina del Oriente, resolví hacer exploraciones mucho mas vastas. El Egipto y la Etiopía debían mostrarme en numerosas y gigantescas ruinas los primeros vestigios del poder humano. El horizonte de los desiertos iba á abrirse á mi vista; luego

el enigmático Sudan; despues los países desconocidos de la Nigricia, donde el hombre, siempre en el estado primitivo, parece nacido ayer, y no tiene mas vestido que la piel negra con que le ha cubierto la naturaleza. Al partir, saludamos al Nilo, y saludamos también á Tebas; y luego nos trasladamos á la entrada del desierto de Korosko, al dintel de ese laberinto de llanuras de arena ó de montañas rocosas, en las que la mirada busca en vano un punto de enlace, un asilo contra el vacío aterrador, contra la nada de la vida.

El rio mas magnífico, ceñido de su eterno verdor, el Nilo, el de las aguas fecundantes y lleno de vida, va á conducirnos á esas horrorosas soledades.

Nuestro vapor bate sus alas sobre las sosegadas aguas del rio, y despliega á nuestra vista orillas sembradas, por decirlo así, de poblaciones dominadas por

esbeltas palmeras; aquí y allá yacen las mas antiguas ruinas, ruinas sencillas y grandiosas, en las que nuestros padres en civilización, asombrados de su propio poder, hicieron prodigiosos esfuerzos para decir al mundo y á los siglos futuros: «El hombre es el rey de la tierra.»

Durante toda nuestra navegación en Egipto, nuestro bajel se deslizó entre esas magnificencias del hombre y de la naturaleza; y todas las tardes, al traspasar el sol el horizonte, los mas magníficos efectos del crepúsculo se presentaban á nuestros deslumbrados ojos. Los purpúreos vapores de la tarde empezaban á envolvernos en sus mil transparentes matices; los últimos confines del horizonte parecían alumbrados por los reflejos de un vasto incendio del desierto, detrás de los sombríos grupos de las montañas. Por una transición insensible, este horizonte purpúreo del cielo se perdía en el estrellado azul de la inmensa bóveda. La luna inundaba el espacio con su pálido resplandor, y daba un aspecto vaporoso á todos los accidentes del campo. El Nilo, este rey de los rios, presentaba en aquel lugar una anchura imponente, y su superficie, lisa como un espejo, reflejaba tranquilamente las profundidades y los astros del firmamento. Sus márgenes, coronadas de palmeras, parecían franjas suspendidas en el espacio, pues hasta tal punto la plana y brillante superficie del rio se asemejaba al cielo que reflejaba; y nuestro buque, al deslizarse entre el rio y el mundo real, parecía navegar en el espacio infinito de los cielos.

Los pocos europeos presentes en el puente del vapor,—el coronel turco Yusuff-Effendi, dos rusos, el coronel Kovalewski M. Cinkowski, y un médico,—estaban sumidos, como yo, en un verdadero éxtasis ante aquel nuevo y sorprendente espectáculo, del que no pueden hacer formar sino una idea muy incompleta las mas hermosas tardes de Europa.

Por lo que respecta á los indígenas nuestros compañeros de viaje, que se consideraban muy felices por haber obtenido su paso en el *Marquep-el-Nar* (barco de fuego) es natural que este efecto, que se reproduce casi todas las tardes, no les causase la misma impresión que á nosotros. Algunos estaban indolentemente agrupados sobre el puente, cubiertos de harapos y recorrían simultáneamente con los dedos las cuentas de un largo rosario, y con los labios las entrecortadas sílabas de una oración interminable. Otros, cuyo vestido lleno de caprichosos adornos de oro, y notable por sus vivos colores, indicaban ser jefes ó personas de mas afortunada condición, ó *effendis* (sabios) recitaban sus oraciones con grandes demostraciones gimnásticas, ó despedían algunas bocanadas de humo blanco, que con la mayor gravedad aspiraban de sus largos *chibucks* ó pipas; pero ninguno de aquellos hombres parecía ver el magnífico espectáculo que

nos rodeaba. Eran, pues, para nosotros el complemento del cuadro, y nos presentaban una especie de muestra de la vida oriental, que se resume en estos tres principales accidentes: holgar, rezar y fumar.

Despues de haber examinado las bellezas del Alto-Egipto, nos encontramos á fines de enero á la entrada del desierto de Korosko, donde en realidad comenzaba nuestro viaje.

En la noche del 31 del espresado mes, setenta camellos, tres pollinos, cuarenta conductores, ochenta grandes odres y multitud de fardos estaban preparados en Korosko. Los conductores, medio desnudos, encorbados bajo el peso de los fardos, disponían las cuerdas destinadas á parearlos y suspenderlos de las sillas de los camellos.

Al amanecer del dia siguiente, todos pusieron mano á la obra, pues en el primero de viaje, el arreglo de los equipajes es siempre mas largo que los siguientes: no obstante, todo se puso en buen orden en algunas horas.

Nuestros camelleros y demás sirvientes hicieron las acostumbradas abluciones, y recitaron las oraciones propias del caso, para pedir al Profeta que les atrajese las bendiciones de Alá y del bienaventurado cheik Abú-Hamed, patron del desierto, durante el peligroso viaje hasta Berber, de donde nos separaban catorce dias de marcha.

Pusímonos por fin en camino, prometiéndonos llegar con felicidad á nuestro objeto; *Inchallah!* (si Dios quiere) dijeron nuestros conductores de camellos.

La caravana empezó á desfilar por una garganta de la cadena de montañas de la orilla derecha del Nilo. Pronto nos vimos en medio de una serie de desfiladeros tortuosos, al través de las montañas de asperón oscuro, dispuesto en capas horizontales, donde no se encuentran vegetales ni insectos. Cuanto mas se adelanta mas se multiplican los circuitos. Numerosos desfiladeros se muestran en todas direcciones, y cortan de tal manera las montañas, que se asemejan á una aglomeración de formas cónicas que salen del seno de la tierra. Los desfiladeros que las separan presentan un fondo nivelado por las arenas que allí depositan los vientos del desierto.

A cada paso difícil se encuentran esqueletos de animales que, habiendo partido de las estremidades del desierto, no pudieron llegar al término de su viaje. Algunas piedras colocadas en la arena con arreglo á cierto orden, indican que también los hombres sufrieron la misma suerte.

Mientras duró el dia continuamos marchando por entre aquel dédalo. Todas las gargantas, todas las montañas se parecen, y mi imaginación asustada se fijaba en la triste suerte de los desgraciados á quienes su adversa estrella había estraviado en aquella espesa red de barrancos cubiertos de arena.

El siniestro aspecto de aquellos lugares me hacía recordar involuntariamente los infortunios cuyas descripciones había leído recientemente, á propósito de este desierto, siempre calificado de formidable: «Una terrible catástrofe acaba de ocurrir en el desierto de Korosko,» era una de las frases que sin cesar venían á mi memoria al ver tal cúmulo de osamentas.

Después de haber desfilado de garganta en garganta todo el día, nos instalamos aquella noche en la arena al pie de una roca saliente que extendía una de sus prominencias sobre nuestras cabezas, como para protegernos contra las tempestades, si por acaso nos amenazaba el *simoun* durante nuestro sueño, con las arenas que en su furia arrastra. Aunque este lugar se desvía de la dirección seguida por las caravanas, nos establecimos en él, así para no obstruir con nuestros camellos y bultos el camino harto estrecho de los desfiladeros, como para evitar el encuentro de ladrones que hubieran podido intentar robarnos acémilas y mercancías.

Mi primer cuidado fue subir la montaña que me pareció mas alta, para estudiar nuestro camino. Orientéme por medio de la brújula, pero no tuve mejor fortuna en las cimas que en las gargantas. Todos los picos, por donde quiera que miraba eran desconsoladoramente iguales; no había uno que superase al otro, y la vista se perdía en el horizonte sin encontrar nada que pudiese servir de punto de partida para la ruta del viajero.

Si esta perspectiva es aflictiva para el extraviado caminante, en cambio presenta una gran originalidad al que tiene el ánimo exento de todo temor. Largas oleadas de arena corren por las vertientes opuestas á la dirección de las tempestades del Sudoeste que las depositan. Estas arenas forman una especie de valles ó ondulaciones redondeadas, y su base viene á unirse por medio de elegantes inflexiones á las arenas que inundan el fondo de los valles, cuya red se cruza en todos sentidos entre las montañas.

Los vértices de las crestas y de los conos se distinguen entre sí por medio de tintas ligeramente diferentes: unos se matizan de rosa y azul, otros de verde, pardo, etc., y se mezclan con las estremidades de arena dorada que parece se encaraman al cielo. Estos accidentes se pierden mas ó menos en las tintas vaporosas del firmamento, y producen el mas encantador efecto. Todo esto estaba coronado por la resplandeciente bóveda del cielo, por la cual se deslizaban fugitivos los últimos fulgores del día.

Sobre esta cima permanecí algun tiempo á fin de gozar de las mil transiciones que experimenta aquella escepcional naturaleza, y fui testigo de uno de los mas magníficos efectos de sol poniente que es posible imaginar. El astro cuyos ardientes rayos habíamos maldecido tantas veces, coronó las desoladas crestas

con tintas tan dulces y suaves, que yo no podía cansarme de admirarlas, y casi me acusaba por el primer juicio que había formado de un país donde los encantos de la tarde son tan grata compensación de las fatigas del día.

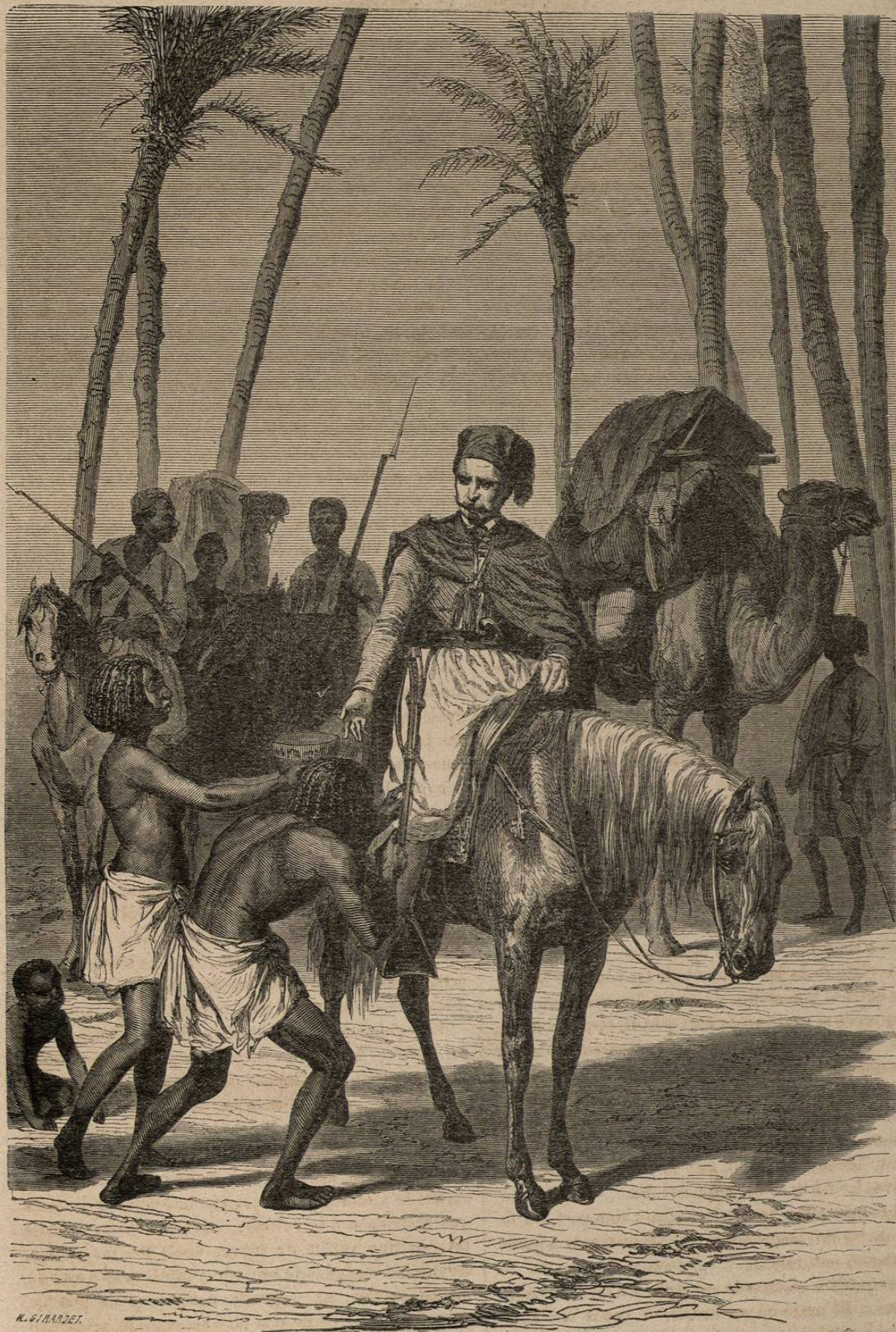
Si la naturaleza, menos avara, hubiera querido repartir este género de hermosura sobre nuestras frondosas campiñas, hubiese hecho de ellas verdaderos edenes; pero para producir, fundir y armonizar estas inimitables tintas, son necesarias, bajo los últimos rayos del sol, las emanaciones de las arenas ardientes, y las que la luz del día hace brotar de la abrasada superficie de los desnudos peñascos. La naturaleza coloca siempre las grandes bellezas al lado de los grandes horrores.

Para bajar de la cresta á que había subido con no pequeño trabajo, la operación no fue larga ni difícil. Hacia el lado opuesto al que me había servido para subir, se elevaba una punta de arena casi hasta mí; así, pues, no tuve mas que deslizarme por ella procurando mantenerme en equilibrio, y me encontré en breve trasladado al pie de la montaña, que rodeé para reunirme á la caravana.

La montaña, ó por mejor decir, el agujero que nos prestaba su abrigo, es designada por los camelleros con el nombre de *Djebel-el-gab-el-Djamus* (la montaña del agujero del búfalo). En la parte anterior se hallaban los camellos y las mercancías; dichos animales estaban echados en el suelo, y mientras tenían las patas dobladas, se les había atado una, de modo que necesariamente permanecía en esta posición: razón por la cual, si el camello intentaba levantarse durante la noche, se encontraba privado del uso de una de sus patas, y en la consiguiente imposibilidad de huir.

Los fardos estaban dispuestos también de manera que hacía una sustracción todo lo difícil posible, así respecto de los merodeadores del desierto, como de los hombres de nuestra caravana, que hubieran podido ocultarlos á su placer en lugares solo de ellos conocidos, para encontrarlos mas tarde.

Una pobre hoguera, mantenida con estiércol seco de camello, había sido encendida por los camelleros, para preparar su no menos pobre comida, que en gran parte se componía de semillas de *doura*, tostadas sin mas preparación ó condimento. Por lo que respecta á mí y á mis compañeros europeos, era muy diferente, pues el bajá de Egipto quiso, como suele decirse, darnos la píldora, y nos proporcionó una linda mesa que se armaba á la europea, hermosos vasos de cristal con una vajilla de plata, cuchillos cincelados, servilletas bordadas de oro, etc.; agréguese á esto un jefe de cocina, un segundo cocinero y un pinche, y se verá que nada nos faltaba sino lo principal. Todos llegábamos á nuestro primer campamento del



La partida.

desierto con el corazón oprimido por el desconsolador aspecto de aquellas horrorosas soledades, y sin medio alguno de procurarnos alimento, pues carecíamos de los medios más sencillos, como la leña; así, todos aquellos brillantes utensilios permanecieron encerrados en sus estuches, y un miserable gigote, cocido, ó por mejor decir, calcinado en Korosko, constituyó nuestra comida.

Un tercer grupo hacia también una comida del mismo género. Componíase de Mahomet *Effendi*, nuestro intérprete, es decir, de Mahomet *el Sabio*, Alí *Effendi*, nuestro cocinero, probablemente sabio también en su arte, pero cuya ciencia no podía, por desgracia brillar en aquella ocasión, y de dos auxiliares adictos á la persona del coronel ruso.

Por último, un cuarto grupo se componía de los dependientes de todas clases. Entre ellos se distinguían también los principales personajes.

Favorecido por la luz de la luna, observé sus ademanes y sus mutuas relaciones. El encargado de armar y desarmar las tiendas se mantenía en cierta reserva, un poco repuesto ya de su desdicha de Esneh, donde se le había aplicado el castigo de la bastonada por un exceso de celo. A medida que las señales del palo se habían cicatrizado, la parte física había recobrado su primitivo aspecto; no obstante, la parte moral se hallaba afectada todavía, y sentía la necesidad de esta reserva para no perder más á los ojos de sus compañeros. El segundo cocinero, uno de los notables de este grupo, procuraba hacer extensiva la supremacía que le daba su posición sobre el pinche de cocina, á otras muchas personas de su sociedad. Entre estos sirvientes, los del coronel turco eran demasiado jóvenes para representar un papel de alguna importancia, y muchas veces eran blanco de las burlas de sus camaradas. Yusuf-Effendi iba de cuando en cuando á animarlos con su presencia, y los trataba con una benignidad que no usaba con los demás dependientes.

Mientras observaba aquellas gentes y aquellas costumbres del desierto, cosas nuevas para mí, todos habían terminado su parca comida, y hacían preparativos para pasar la noche con la mayor comodidad posible y con poco gasto. Unos se apoyaban en los fardos, poniendo algún objeto debajo de la cabeza, envolviéndose en sus vestidos; otros se tendían sencillamente sobre la arena. El coronel Yusuf y algunos otros, entre los que me contaba yo, hicieron tender tapices en la arena, siendo la almohada un cojín, un saco de noche ó cualquier cosa por el estilo. El coronel ruso, más cuidadoso de su persona, había traído un catre de tijera sobre el cual se acostó.

Yo me había hecho arreglar una especie de enorme saco destinado á servirme de sábanas y á preservarme de los mosquitos y de otros insectos; solo que en

vez de estar abierto por arriba, estaba cosido por todas partes, si bien tenía un agujero en la estremidad de uno de sus costados, que servía para meterse en él, y que luego se echaba sobre la cara; pero aquí el suelo y el aire estaban tan libres de insectos, que no era preciso recurrir á tales ardidés; dejélo, pues, á un lado, y la bóveda del cielo fue mi única colcha.

Todos habían reconocido los inconvenientes de la tienda, que encierra en un reducido espacio las cálidas emanaciones del sol, por lo que no se armó ninguna; así, pues, hombres, animales y fardos pasaron la noche en completa confusión.

El día siguiente, al despuntar el alba, el grito de los camellos nos dió á conocer el movimiento que reinaba en derredor de ellos, para preparar su carga y la partida. Poco después la caravana emprendía de nuevo su marcha, siguiendo como el día anterior, los desfiladeros entre montañas de la misma naturaleza; y también como el día anterior, continuamos encontrando esqueletos de animales y sepulturas que nos hacían recordar que el que emprende el viaje al través del desierto no está seguro de llegar á su estremidad. La mayor parte de estos despojos no presentan, como tal vez imaginarán muchos, los restos óseos, ó sea las armazones de espaldas dorsales, que sostienen dos filas de costillas blancas, sino que son cuerpos enteros cubiertos de su piel, que conservan casi enteramente sus formas naturales.

Examinando de cerca estos tristes restos, que parecían petrificados y de una sola pieza, observé que los animales á que han pertenecido se habían desecado bajo la influencia de la atmósfera abrasadora, y que en vez de descomponerse, como acontece en otras regiones, las pieles conservan sus formas primitivas; así, pues, se distinguía perfectamente á los camellos, los bueyes, los jumentos y demás animales.

Estos restos no despiden ningún olor, porque el interior de los cuerpos, reducido á polvo, es arrastrado por el viento por las aberturas de ambas estremidades del cuerpo, y no queda en el interior de la cubierta cutánea sino una parte de la armazón ósea, sostenida por ella.

Tal grado de consistencia y solidez habían adquirido estos cueros, que todos mis esfuerzos por abrir uno fueron vanos, y las piedras de más tamaño que me era posible levantar rebotaban sonoramente sobre aquellos esqueletos sin hacerles mella alguna.

Cuando un hombre muere durante la marcha de una caravana, se le entierra en la arena. No he tenido ocasión de averiguar si el calor del desierto produce el mismo efecto sobre su cuerpo que sobre el de los animales de que acabo de hablar; pero no puede suceder esto, porque la piel tiene menos consistencia y el aire menos acción.

Penosamente avanzaban nuestros camellos sobre

aquel suelo de arena, y no obstante deseábamos vivamente salir de tan tristes y áridos lugares. ¡Cuánto placer nos hubieran causado un poco de frondosidad y un arroyuelo!

En medio de estos ardientes arenales se piensa con tristeza y gratitud en el Nilo, cuya navegación nos parecía poco antes tan penosa y desalentadora; en el Nilo, este símbolo particular de la munificencia divina hacia el país que espléndidamente riega. ¡Cómo no hubiera adorado el antiguo Egipto la mano de Dios en las aguas del gran río, en los lotos que adornan sus márgenes, y en el ibis que las anima, cuando por todas partes el hombre que abandona sus orillas cae en desiertos áridos y ardientes, que le hacen apreciar y echar de menos todo lo que á su espalda deja!

Al día siguiente llegamos al fin de las montañas, y el desierto cambió completamente de aspecto. En el momento de desembocar en la llanura, el sol se elevaba insensiblemente sobre el horizonte de arena, y á medida que su disco iba aumentándose ó completándose, arrojaba en todos sentidos sobre el suelo arenoso y sobre el cielo un haz de rayos refulgentes, á manera de destellos de oro y plata entrelazados. Desde el punto en que nos hallábamos, los últimos montecillos ó peñascos diseminados sobre la arena ceñían como un magnífico marco este cuadro, con sus tintas sombrías, y le daban una transparencia extraordinaria.

A la vista de aquellas mágicas escenas, de aquellos deslumbradores soles matinales, de aquellos sorprendentes efectos vespertinos y de aquella radiante luz del día, nadie habrá que no reconozca que el nombre de *País del sol*, aplicado á estas regiones, es completamente exacto.

Penetramos en una inmensa llanura de arena, en la que nada absolutamente podía servir de indicación á nuestros guías; y hémos aquí más extraviados aun que en el laberinto de montecillos de que salíamos.

La brújula, que ya me había servido para comprobar nuestros rodeos en las montañas, me sirvió también para reconocer nuestro camino en aquellos interminables parajes.

A nuestra espalda, las montañas terminaban en una línea que se extendía de Oriente á Occidente, oblicuándose un poco hacia el Oeste-sudoeste, y continuamos marchando perpendicularmente á ella.

La llanura baja á que acabábamos de llegar nos fue designada por los djellabs con el nombre de *rio sin agua*; pero nada se encontraba que pudiera parecerse á ribazos ó orillas de río, pues la llanura se prolonga indefinidamente, y más bien hubiera podido denominarse *rio de fuego*. A medida que el sol se eleva, el calor es más sofocante, y la atmósfera se hace pesada como el plomo, cuyo color adquiere. El came-

llo marcha penosamente sobre la arena, que cede bajo sus pasos; siente el vacío en su derredor, y en el horizonte un espacio interminable que lo desalienta; sus ojos pierden la viveza, y casi se cierran; baja la cabeza y su boca arroja espuma; pero no se oye ningún grito, ninguna queja: hombres y animales caminan en silencio. El vago rumor de la arena que se pisa, es el único que percibe el oído. El pensamiento y el cuerpo se entorpecen, y el viajero parece dominado por una larga pesadilla. A fin de vencer este entorpecimiento, tomé mi libro de memorias, para escribir en él algunos apuntes, pues aunque encaramado sobre el lomo de un camello, su lento paso me permitía pasarlo regularmente; y deseoso de sacudir el estupor que se había apoderado de mí, y distraer mi imaginación del vacío que en nuestro derredor se extendía, me puse á trazar una descripción, tanto más interesante, cuanto que aquellas montañas habían suministrado, á mi modo de ver, el elemento constitutivo de las vastas zonas de arena de los desiertos.

Estas montañas no son el resultado de los levantamientos ó de las convulsiones de la corteza del globo, aunque las dislocaciones ocasionadas por los terremotos hayan podido determinar las erosiones. Están formadas por capas horizontales irregulares, de asperos cuarzosos, de diferente densidad, y cuya agregación es menos fuerte á medida que se avanza hacia el Sur.

Ciertas capas están debidamente unidas; otras lo están más en virtud de un cemento arcillo-ferruginoso, y resisten mucho mejor la acción de los agentes atmosféricos; las primeras, por el contrario, se trasforman en arena y constituyen las regiones del desierto.

Las capas superiores parecen las más duras, pero todas son poco homogéneas. De esta constitución geológica resultan efectos muy pintorescos; las cimas no se derrumban sino cuando su base está muy minada. Otras capas producen salidas y desigualdades en los declives ásperos, ó bien dejan hender y perforar la montaña.

Las arenas movedizas que los vientos depositan sobre las vertientes opuestas á su curso, y que son susceptibles de cambio de lugar, según la dirección de cada tempestad, son arrastradas en parte al fondo de los valles, y los llenan horizontalmente hasta cierta altura, no dejando al descubierto las montañas, sino desde este nivel.

Las gargantas arenosas que en la Baja-Nubia entrecortan las mesetas de esta misma formación, se ensanchan y multiplican progresivamente á medida que se avanza hacia el Sur, y terminan por no dejar fuera de la arena sino las montañas más ó menos cónicas, de más de 60 metros de elevación, que acababan de desaparecer á nuestra espalda.